

ODIN DUPEYRON

T colorín colorado
este cuento
AÚN NO
se ha acabado

ANA

Para
Sara, Angelita y Marivi.

Para
Odette y Natasha.

Para
Guille, Mónica, Rosalba, Sara Citlali,
Carolina, Maru y doña Bety.

Para
Lonchis y Martha.

Para
Verónica, Erika M., Erika R., Tamra, Lizzete, Andrea, Angélica,
Fabiola, Adela, Jana, Lilia, Luly, Marcia, Jessica, Carmen, Noemí,
Dalilah, Perla, Luzma, Ursula, Adriana, Karmen, las Dacias,
Jakie, Rosi F., Chelín, Tania, Mary Paz, Rocío, Iris, Pía, Beatriz,
Thaily, Cynthia, Mariana, la Sheraton y Coty.

Para
Marisol y Rosy.
Rosa Martha y Coca.

Para
Miss Lupita, Susana, Grace, Margarita, doña Marcia, Ana María,
Sofi, Fany, Christi, Lili,
Titis, Rosy y Martha R.

Y para todas las demás princesas que he encontrado en el
transcurso de mi vida. Y también, para todas aquellas que no he
conocido, pero que no por eso dejan de ser, en el fondo,
auténticas princesas.

Gracias

Gracias

Gracias

Gracias

A Marisol Mijares y César Lambreton, porque creyeron desde
cero, porque me levantaron, me dieron fuerza y luego...
con inmenso amor, me dejaron volar.

Gracias

Gracias

Gracias

Gracias

A Sara Navarrete, Alma Rosa Araiza, Alejandra Alvarez Fraustro, Laura María Rodríguez, Idalia Damián Azcoitia, Ana Barrera, Miguel Ángel Navarrete y a los que conforman hoy al Grupo Odin Dupeyron por construir, levantar, sostener, impulsar y mantener Editorial Disidente, la pequeña editorial con la que me aventuré a editar mis propios libros.

A Porrúa, librerías Gandhi y Advanced Marketing (en especial Verónica González), por la pasión con la que siempre vendieron mis libros y porque fueron quienes, por muchos años, confiaron en la pequeña y nueva Editorial Disidente empeñándose en compartir sus ediciones.

“Era una noche muy fría, tal vez la más fría de todas las noches”

Con estas palabras comenzó todo.

Carta del autor

La vida está hecha de eternos recomenzares, de viejos círculos que se cierran y de nuevos círculos que se abren, de principios y de finales. La vida no es estática, se mueve y se transforma constantemente, es caprichosa y es incierta. Y en medio de ese caos, uno navega, controla lo que puede controlar y se pone a salvo de lo que puede ponerse a salvo, uno trata, lo más que puede, de esquivar las desgracias. Pero, cuando no hay manera de escapar de la tormenta... entonces... es cuando uno le entra a la batalla de la vida... de ser posible... con heroísmo.

Este ha sido el cimiento sobre el que he construido mi vida y es también la premisa de este libro: ser héroes de nuestra propia historia a través de las adversidades; y —con el mayor coraje posible— hacer nuestra vida... ¡nuestra! Ser escritores y protagonistas de nuestro cuento y crear, con nuestras acciones, la más prodigiosa de las aventuras. Y la historia de este libro (no sólo la historia que cuenta, sino la historia que el libro ha vivido) es el mismísimo testimonio de esa premisa.

Déjame te cuento, querido lector, que ésta, la que tienes ahora entre tus manos, es una edición especial, una edición de aniversario. Estas palabras que lees en este momento no se habían escrito antes hasta ahora, y se han escrito sólo para celebrar esta edición, porque con esta edición estamos festejando que “Y colorín colorado este cuento aún no se ha acabado” cumple sus (espero) primeros 15 años.

Esta edición celebra también mi regreso a Editorial Diana, la editorial que, aunque no fue la primera que confió en el libro, sí fue la que lo impulsó a lugares donde el libro... hubiera podido llegar solo... pero con muchos más esfuerzos y con mucho, mucho, mucho más tiempo. Editorial Diana fue su catapulta, sus alas, unas alas más experimentadas, fuertes, hábiles. Nombres como José Luís Ramírez, Sandra Elizabeth Montoya, Doris Bravo, Ángel Lozano, Sergio Rocha, Ofelia Romero, Ángel y Martha Castro, y

Don Fausto Rosales serán nombres que quedarán grabados en la historia de este libro para siempre. Porque son parte de su vida y porque tengo memoria y soy agradecido.

Muchos años me alejé de Editorial Diana, terminé mi contrato con ellos porque mis libros necesitaban independencia y autonomía; y yo necesitaba ser dueño de mí para poder tomar mis decisiones, pero sobre todo, para poder correr los riesgos necesarios que conlleva experimentar la libertad de decidir, de ser dueño de mí y de saber estar en mis propias manos. Así fue como abrí Editorial Disidente, donde nacieron mis siguientes libros “¿Nos tomamos un café?” y “En tu única vida... ¿de qué no te quieres perder?” Libros que me han consolidado de tal forma, que hay gente que los quiere ya en diferentes partes del mundo.

Pero... *la vida esta hecha de eternos recomenzares, de viejos círculos que se cierran y círculos que se abren, de principios y de finales. No es estática, se mueve y se transforma constantemente, es caprichosa e incierta.* Y el éxito no es fácil, mucha gente lo quiere, pero siempre tiene un costo. Hoy, Editorial Disidente es demasiado pequeña para cargar la demanda internacional que ahora tienen mis libros y es cuando, por azares del destino, aparece de nuevo Editorial Diana, con sus alas fuertes, hábiles y experimentadas y nuevamente me acoge como su escritor. Claro, en un escenario completamente distinto, la independencia de 9 años y el éxito adquirido como resultado de esa independencia me ha hecho, no sólo más fuerte, sino que además me ha dado credibilidad como creativo, y es ahora que, con una relación de mucha mayor igualdad y respeto, regreso a Editorial Planeta, bajo la firma de Diana.

Hemos preparado dos ediciones de este libro y me gustaría mucho explicarte bien de qué van. La edición de pasta blanda y la edición de pasta dura. Las dos son especiales, las dos celebran 15 años y las dos tienen el mismo contenido en cuanto a la historia que narra el libro: las aventuras de la princesa Odái y su dragón. La única diferencia es que la de pasta dura pretende ser el testimonio contundente de los 15 años, un libro más “elegante”, un libro para atesorar. Y decido hacerlo así, porque yo, como lector,

mis libros favoritos trato de tenerlos en pasta dura, a mí me gusta sentirlos más... salvaguardados.

Así que, querido lector, ya sea que estés leyendo este libro por primera vez, o si ya eres un cliente frecuente de esta historia, gracias por estar aquí, gracias por tus ojos, gracias por tu corazón, gracias por permitir que sigan viviendo las historias, la fantasía, las palabras que transmiten, que llegan, que cimbran, que acogen, que nutren, que transforman y nos hacen más humanos.

Bienvenido seas a esta gran celebración de nuestro decimoquinto aniversario.

Odin Dupeyron

Prólogo

Utilizando muy talentosamente la estructura de un cuento, el autor narra de manera fluida y amena un ramillete de hermosas metáforas de la introspección. El autoconocimiento como piedra angular de la maduración emocional y en última instancia, de la sabiduría existencial.

Pero todo este proceso es descrito de manera realista apelando a la fantasía sólo para dar el aderezo alegórico que permita comprender el drama interior de quienes se atreven a develar el enigma de sí mismos. De quienes renuncian, en un momento dado, a ser personajes de un libreto escrito por circunstancias históricas, preñadas de la inercia del pasado y con conciencias extorsionadas por prejuicios nunca antes cuestionados.

Se puede decir, en una síntesis extrema, que este cuento nos relata la dolorosa y al mismo tiempo, maravillosa transición del prejuicio al juicio, de la enajenación a la titularidad de la existencia.

Cognos ipsi (Conócete a ti mismo) como la clave fundamental.

Asimilando nuestra historia y acompañándonos siempre, podremos asumir plenamente nuestra responsabilidad existencial y por tanto, la titularidad en nuestra vida. Cada uno de nosotros como el escritor de nuestro personaje vivencial, es ese trascendente juego interactivo de protagonista y autor que siempre somos en nuestras vidas pero que muchas veces ignoramos.

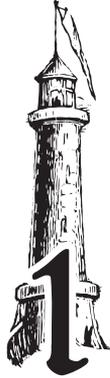
Además, desde el punto de vista literario, es un cuento excelente que trasporta al lector en el tren de la verdad, la bondad y la belleza, a los paisajes subjetivos de la introspección luminosa y conmovedora de la naturaleza humana; la epifanía.

Por otro lado es, en cierto modo, un *cuento cuántico* ya que no plantea un determinismo en el destino, sino una prospectiva

estadística con base en las actitudes predominantes. Si el promedio de nuestras acciones es mayoritariamente realista, el escenario probable de nuestro futuro es favorable.

Nos vamos diseñando nuestra vida, para bien o para mal, y de esa manera somos escritores y protagonistas del libreto existencial.

Dr. Federico San Román



Era una noche muy fría, tal vez la más fría de todas las noches, Odái se encontraba sentada en la ventana de la torre más alta del castillo, observando las estrellas con su vestido azul de gasa casi transparente. Como todas las noches, esperaba ansiosa la señal milagrosa que deseaba desde hace tiempo. Soñaba con lo que su propia vida podría ser si tan sólo llegara esa señal.

El ruido de la puerta para entrar a la torre y los pasos en la gran escalera que conducía hasta su habitación, la hicieron regresar a la realidad.

Ahí viene de nuevo –pensó angustiada.

La puerta se abrió, y el gran Dragón negro del Miedo asomó la cabeza.

¿Qué estás haciendo princesa? –le dijo el Dragón con esa voz hosca, desconfiada y dudosa pero siempre imponente que caracteriza a los dragones negros del miedo.

Espero la señal para salir de aquí –respondió Odái temerosa ante la presencia del Dragón.

El Dragón se expresó con mucha fuerza. –No debes salir de aquí, no puedes hacerlo hasta estar segura de haber escuchado la señal.

Pero debe de haber una manera –dijo Odái desesperada.

El Dragón sólo la observó detenidamente, sus ojos rojos contrastaban de manera impresionante con su cuerpo negro, y resaltaban notablemente en el centro de su negra cara. Odái se sentía intimidada siempre ante su presencia.

Alguien muy importante –le dijo el Dragón–. Tuvo mucho cuidado al encargarte conmigo, yo soy el mejor guardián.

–Pero no puedes tenerme encerrada para siempre.

¡No podrás salir de aquí hasta haber entendido la señal! –El Dragón del Miedo rugió de manera aterradora. El pavor tomó presa a Odái, quien se quedó petrificada.

¡Hay demasiados peligros afuera! –concluyó el Dragón dando la vuelta para salir.

Pero yo...

Hay demasiados peligros afuera y aquí te quedarás. –El Dragón del Miedo salió azotando la puerta. No se oyó cerradura ni candados, nada que asegurara la puerta. El Dragón del Miedo sabía que Odái estaba muy asustada como para escapar.

Y así, Odái regresó a la ventana a mirar las estrellas, suspiró profundamente y esperó de nuevo ansiosa por esa señal. Era una noche muy fría, tal vez la más fría de todas las noches.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

¡Un momento!

¿Perdón?

¡Dije un momento! ¿Eso es todo? ¿Me voy a pasar toda la vida sentada en la ventana de la torre esperando la señal?

Este yo...

Tú siempre cuentas la misma historia, exactamente la misma historia y yo aquí espero ansiosa a que un día cambie, que un día aparezca la maldita señal, que se caiga una estrella fugaz, que se oscurezca la luna o que por lo menos salga el sol, pero no, ¡nooooo!... ¿Sabes que esta noche es una noche muy fría, tal vez la más fría de todas las noches? ¡Pero claro que lo sabes! Tú eres el Escritor y lo repites DOS veces en la historia.

Eso cierra el círculo de la historia.

¡Qué me importa a mí el círculo de la historia! Estoy cansada, harta, aburrida y muerta de frío... ¿Porque sabes qué? Esta noche no sólo es muy fría, no sólo es tal vez la más fría de todas las noches... ¡está helando! Y yo aquí sentada, con un vestido azul de gasa casi transparente. ¡Por el amor de Dios! ¿No me pudiste haber escrito aunque sea una frazada?

El lector entiende así tu sufrimiento.

Yo tengo una mejor manera de hacerle entender al lector mi sufrimiento. ¡Estoy en agonía, lector! No sólo estoy esperando la señal que jamás ha llegado, y que al parecer jamás llegará, no sólo estoy encerrada en una torre a... ¿? ... ¿Qué tan alta es la torre?

No lo sé, no lo había pensado.

¿Eres el Escritor y no sabes qué tan alta es la torre en la que me encerraste?

Sólo me la imagino muy alta.

Pues dame la altura que te imaginas.

No sé, 100 metros.

...¿Sabes algo de arquitectura?

No.

Se nota. Déjame asomarme a la ventana... Tú ve narrando, que es lo único que sabes hacer.

Bien... este... y Odái se asomó a la ventana.

Gracias... mmmm –dudó. No, no dudé, me estoy agarrando del barandal. Perdón. Ponle 15 metros.

Está bien, que sean 15 metros entonces.

Bien, pues como decía: no sólo estoy esperando la señal que jamás ha llegado y que al parecer jamás llegará. No sólo estoy encerrada en una torre a 15 metros de altura, no sólo tengo al negro Dragón del miedo vigilando cada uno de mis movimientos. ¡Además estoy muerta de frío! Crees que si fuera una noche... ya no digamos cálida... ¡templadita! ¿Tú crees que si fuera una noche templadita, el lector entendería menos mi sufrimiento? ¿Tú crees que el lector es idiota? Mmmm... veamos, esta pobre princesa está encerrada en una torre, su madre desapareció, se pasa todas las noches esperando una señal que nunca llega, su vida está vigilada constantemente por el dragón del miedo que, citando al autor, *sus ojos rojos contrastan de manera impresionante con su cuerpo negro y resaltan notablemente en el centro de su negra cara. Que además, citando al autor; habla con esa voz hosca, desconfiada y dudosa pero siempre imponente que caracteriza a los dragones del miedo. ¡Pero la noche está templada! Seguramente no se la está pasando tan mal.*

Perdón, no pensé que la historia te afectara tanto.

No pensó que la historia me afectara tanto. ¡¡No pensó que la historia me afectara tanto!! ¿Leíste eso lector? Ponte un momento en mi lugar, querido lector. Imagina que te encuentras encerrado en un pequeño espacio, presa del miedo, deseando hacer algo para cambiar tu vida, pero no te atreves, porque no sabes qué va a pasar. Y esperas ansioso esa señal que te dará la seguridad para atreverte a vivir. ¿Alguna vez te has sentido así? Pues eso es lo que yo siento todas las noches... eternamente, pero hoy ya me cansé y voy a hacer algo al respecto. Y colorín colorado este cuento, aún no, se ha acabado. ¡Y tú, ponte a narrar!

Bien; pues... La Princesa, que evidentemente estaba muy molesta con su situación actual...

¡Estoy HARTA!

Esto es... La Princesa, que evidentemente estaba HARTA de su situación actual, se armó de valor y... ¿? ...¿Se acercó a la puerta? No puedes hacer eso.

Yo hago las cosas y tú las narras ¿está bien?

Su mano se dirigió a la manija e intentó abrir, pero la puerta estaba cerrada.

No me salgas con tonterías. En la hoja pasada dijiste claramente: *No se oyó cerradura ni candados, nada que asegurara la puerta. El Dragón del Miedo sabía que Odái estaba muy asustada como para escapar. No te puedes contradecir, a menos que seas uno de esos escritores que se sacan cosas absurdas de la manga.*

Y la puerta se abrió fácilmente. Gracias. Y Odái salió.

Bajó las escaleras rápidamente saltando los escalones, tan rápido que rodó escalera abajo.

¡Maldición!

Cuando levantó la cara, se dio cuenta de que había caído a los pies del Dragón. ¡Te lo dije! El Dragón la miró furioso... más bien estaba desconcertado.

¿Qué está pasando aquí? –dijo el Dragón furioso.

¿Qué está pasando aquí? –Está bien... dijo el Dragón sacadísimo de onda.

Nada, que he decidido salirme de aquí.

Pero tú no puedes hacer eso.

Es lo mismo que le digo yo.

¿Quién dijo eso?

Yo, el Escritor-Narrador del cuento.

¿Qué está pasando aquí? –dijo el Dragón angustiadísimo. Y cabe añadir que pegó la espalda a la pared, volteando para todas partes. El Dragón estaba asustado. *Muy asustado. ¿Cómo que te vas? ¿Cómo que el narrador? No entiendo nada.*

Dragón, ¿no estás harto de subir siempre a la torre a repetirme las mismas frases que me paralizan? ¿No estás cansado de tenerme encerrada sin que ni tú ni yo podamos hacer algo con nuestras vidas?

No lo había pensado.

Pues claro que no lo habías pensado, en lo único que piensas es en que me tienes que mantener encerrada.

Pero eso es lo que debo hacer, alguien muy importante me encargó que te cuidara.

Que me cuidaras, está bien, pero no que me tuvieras encerrada eternamente.

Pero es que hay muchos peligros afuera, no puedes salirte así como así.

Todo el chiste del cuento radica en que no puedes salir porque estás presa del miedo.

¿Podrías decirle que se calle? Me está asustando.

¿Cómo se puede asustar con tanta facilidad un enorme Dragón negro de ojos rojos y de voz hosca, desconfiada, dudosa e imponente? Tú lo hiciste el Dragón del Miedo ¿Te acuerdas? Espero que no todas mis historias me hagan lo mismo.

¡Dile que se calle! –gritó el Dragón asustado, cerrando los ojos y tapándose la cara como un niño. ¡Hey! Aquí el narrador soy yo, ¿está bien?. Está bien, está bien. ¡Que se calle! –gritó el Dragón asustado, cerrando los ojos y tapándose la cara como un niño.

Está claro –concluyó la Princesa. Por lo que puedo ver, el miedo no es tan fuerte y temible como lo pintan, o en este caso, como lo escriben. Mira, Dragón, ¿qué te parece si los dos salimos y buscamos... lo que sea que haya afuera de este castillo?

Pero hay cosas aterradoras allá afuera –dijo el Dragón espantado.

¿Cómo lo sabes?

El Dragón dudó... y volvió a cerrar los ojos asustado. ¡Dios mío! Dragón, no le tengas miedo, es sólo el Escritor que tiene que narrar, no te va a hacer nada. El Dragón abrió los ojos. ¿No me vas a hacer nada? No. ¿Lo juras? Lo juro. Está bien, te creo, pero no creas que me voy a descuidar, ¿entendiste? Entendí.

¡Re-tomando!... Dragón, ¿cómo sabes que hay cosas aterradoras allá afuera?

No lo sé... Me han dicho.

¿Quién te ha dicho?

Yo me lo he dicho.

¿Y por qué te lo has dicho?

¿Por costumbre?

¿Quieres decir que nunca has salido de este castillo?

Este... no.

¿Por qué?

¡Porque hay cosas aterradoras!... ¿Qué no me estás entendiendo?

Pero no puedes saberlo si nunca has salido –trató de hacerle entender la Princesa. Y no sólo te puedes sentar a suponer y no hacer nada, tenemos que salir –dijo la Princesa decidida.

¿A dónde?

A donde sea. Vamos a salir, nada más, vamos a atrevernos.

¿Pero y la señal?

No hay señal.

¡Pero necesitamos la señal para poder salir! –gritó el Dragón del Miedo, asustado.

Está bien, está bien, no te pongas así. La señal... la señal es... – Odái pensó. La señal es... ¡la vida misma! Tan fácil como eso, si estamos aquí, si vivimos, estoy segura que no es para estar encerrados. La vida misma es la señal de que podemos salir. ¡De que debemos salir! ¡Lo entiendes Dragón?

Esteeeee... no.

No importa, yo lo entiendo y con eso es suficiente. Ésa es la señal, ¿está bien? Vamos afuera.

Bueno... si tú lo dices... vamos afuera.

Y los dos se dirigieron a la puerta. ¿Él va a venir con nosotros? Tiene que hacerlo, es el narrador. Soy el Escritor. Es el Escritor. Está bien, pero me voy a estar cuidando. No tienes nada de que cuidarte. De todos modos me voy a cuidar. Pues te cuidas en vano. Yo me cuido en donde lo creo conveniente. ¿Salimos?! –interrumpió la Princesa la discusión bizarra. Y salieron de la torre.

La noche era fría, tal vez la más fría de todas las noches. La Princesa le dirigió al narrador una mirada hostil. ¿Podrías variarle? La noche era muy fría, pero el entusiasmo en el corazón de la Princesa emanaba un calor tan especial que la Princesa no sentía frío.

¡Pero si está helando!

En cambio, el Dragón temeroso temblaba ante el viento incesante que le calaba los huesos.

No te preocupes Dragón, todo va a estar bien.

Los dos se acercaron a la puerta principal del castillo, un enorme enrejado de hierro forjado se levantaba ante ellos, y atrás de éste, la negrura infinita de la noche y la libertad.

Princesa... –susurró el Dragón temeroso, como si alguien los estuviera observando–. **Ya estamos afuera de la torre, ya estamos en el enorme enrejado de hierro forjado que es la salida del castillo, ya dijimos que vamos a salir al mundo, pero, digo yo, ¿no podríamos quedarnos adentro del castillo esta noche? Para que no esté tan oscuro allá afuera.**

La Princesa no lo escuchaba, sus manos se agarraban fuertemente de los barrotes negros, su mirada se perdía en la profundidad de la noche, mientras el viento helado se colaba entre sus largos y negros cabellos.

Princesa... Princesa...

Ya te oí Dragón, no te preocupes, pasaremos aquí la noche.

El Dragón suspiró aliviado y buscó rápidamente un rincón cálido lejos del viento, donde se acostó. La Princesa lo siguió y se acostó también junto a él, apoyando su cabeza en una de sus enormes patas. En cuanto el Dragón puso la cabeza en el suelo, se quedó dormido. Pero Odái no podía conciliar el sueño.

¿Qué me espera detrás de esta puerta? –pensaba. ¿Qué tiene la vida preparado para mí? –sintió miedo.

Estoy emocionada –me contradijo la Princesa.

La emoción también produce un poco de miedo.

No, lo que produce es ansiedad –insistió terca.

La ansiedad es una forma de miedo.

No tengo miedo.

¡¡Prin-ce-sa!!... –tomé aire. Mira, el miedo no siempre es malo, a veces nos sirve para mantenernos alertas. Estás a punto de salir a lo desconocido, de cruzar la puerta que nunca te habías atrevido a cruzar, vas a dar un paso importante en tu vida, en la vida del Dragón y en la trama de mi historia. Puedo entender que estés emocionada, puedo entender que estés ansiosa de saber qué es lo que va a pasar, ¿pero me vas a decir que no sientes un poco de miedo? ¿No estás ni un poco temerosa de lo que te espera allá afuera?

No.

¡Por favor!

¿Podrían dejar de discutir de una vez por todas? –interrumpió molesto el Dragón. *Es imposible dormir. Tú eres un necio Escritor, y tú eres una terca. Ya no discutan. Si te sirve de algo Escritor, yo sí tengo miedo, hay cosas terribles allá afuera; y no me pregunten que cómo lo sé, simplemente lo sé, ¿está bien? Ahora, déjenme dormir la última noche de tranquilidad que voy a tener, porque después de esta noche ya nada será igual, porque yo sí le tengo miedo a lo desconocido, yo sí no sé que va a pasar y yo sí tengo sueño.*

El Dragón volteó la cabeza molesto, tratando de volver a dormir, sus ojos rojos brillaron por última vez mientras cerraba los grandes párpados que le... ¡Cállate! Perdón.

Está bien –susurró la Princesa... y susurró el Escritor. *Creo que sí tengo un poco de miedo.*

¡Lo sabía!... –susurré... y la Princesa se quedó dormida.